

ACTUALIDADES

SEMANARIO ILUSTRADO

NUM 8

MADRID 9 DE ABRIL DE 1908

AÑO 1



PREPARANDOSE PARA LA DESPEDIDA

EL ESPADA ANTONIO FUENTES EN SU CUARTO DEL HOTEL INGLÉS, VISTIÉNDOSE PARA IR Á LA PLAZA DE TOROS EL DOMINGO ULTIMO.

Fot. Clifuentes



EL NUEVO DIESTRO MEJICANO
RODOLFO GAONA Fot. Sevillelle

Apadrinado por el antiguo y excelente torero Saturnino Frutos, se ha presentado á la afición madrileña el nuevo diestro mejicano Rodolfo Gaona, que en breve hará su *debut* en el circo taurino. De este asunto damos información en la presente plana, en la cual aparecen también fotografados del descarrilamiento de Almayate, que cos-



MADRID. RODOLFO GAONA PASANDO DE MULETA Á UN TORO EN LA PLAZA
DE LA PUERTA DE HIERRO

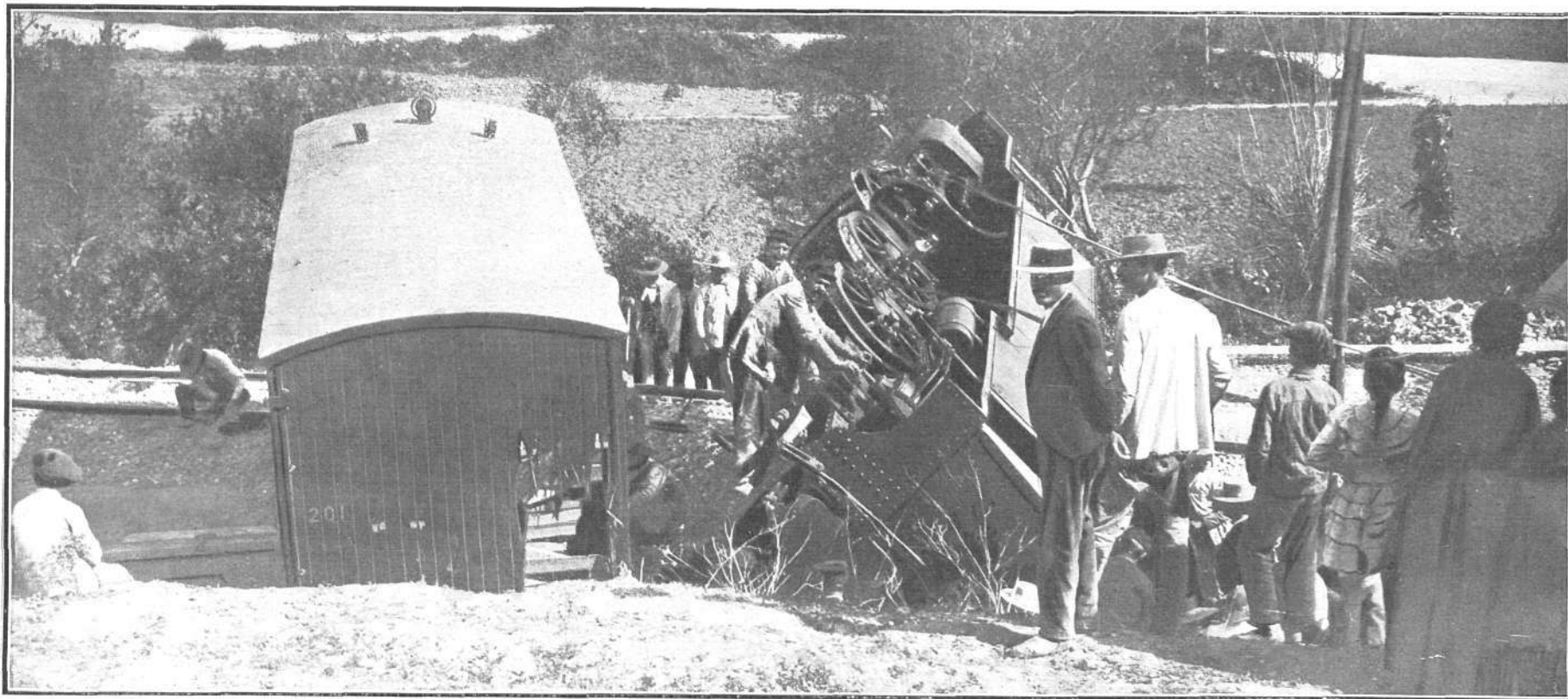
Fot. Alba



EL TORERO SATURNINO FRUTOS «OJITOS»,
PADRINO LE GAONA Fot. Esperón

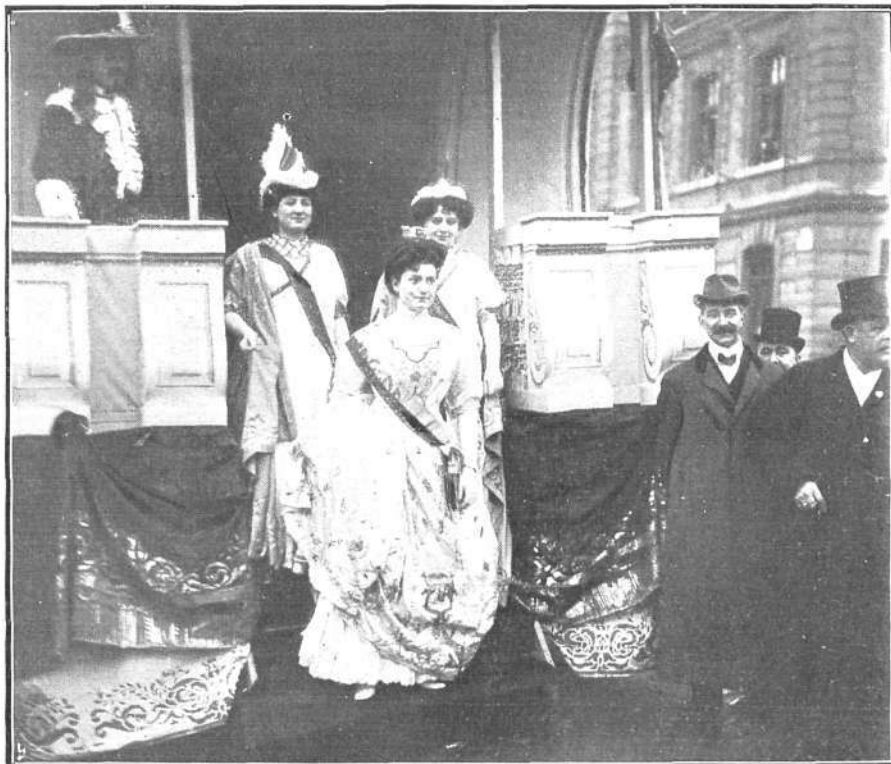
tó graves heridas al maquinista y fogonero del tren, de la reina de la Mi-Carême de París el año actual, acompañada de las que han sido sus damas de honor, y de las experiencias de telegrafía sin hilos por los ingenieros militares con la nueva estación de campaña que acaba de adquirir la Escuela de Radiotelegrafía Militar.

MISCELANEA DE ACTUALIDADES



ALMAYATE. DESCARRILAMIENTO DEL TREN SUBURBANO DE MÁLAGA A TORRE DEL MAR

Fot. Baeza.



PARÍS. LA REINA DE LA MI-CAREME Y SUS DAMAS DE HONOR BAJANDO DE LA CARROZA
QUE OCUPARON EN LA CABALGATA

Fot. Rol



MADRID. EJERCICIOS PRÁCTICOS DE TELEGRAFÍA SIN HILOS POR LOS INGENIEROS MILITARES
DE LA ESCUELA DE RADIOTELEGRAFÍA

Fot. Alba



MADRID. UN GRUPO DE CONCURRENTES AL PRIMER TÉ EN LOS SALONES DE GOBERNACIÓN. EN EL CENTRO EL PRESIDENTE DEL CONSEJO ENTRE LOS PRESIDENTES DE AMBAS CÁMARAS

Fot. Citi

LOS TES DEL MINISTERIO DE LA GOBERNACION

REYES Y PRINCIPES



LA FUTURA ESPOSA DEL DUQUE DE LOS ABRUZZOS, MISS CATALINA ELKINS

Se han inaugurado en el ministerio de la Gobernación los tés con que el Gobierno obsequia á las mayorías parlamentarias. Durante la primera de estas fiestas, que estuvo brillante y concurridísima, obtuvimos la instantánea que aparece en la presente página.

Asistieron el jefe del Gobierno, los ministros, los presidentes de ambas Cámaras, el gobernador y alcalde de Madrid, casi todos los senadores y diputados de la mayoría, otros elementos adictos al Sr. Maura y representantes de la Prensa. Con dicha fiesta se inauguraban los salones recién reformados.

Para pasar una temporada al lado de la Reina doña Victoria, su augusta



MADRID. LA REINA DOÑA VICTORIA CON SU MADRE LA PRINCESA BEATRIZ Á LA LLEGADA DE ÉSTA Á LA ESTACIÓN DEL MEDIODÍA

Fot. Gofi



EL DUQUE DE LOS ABRUZZOS PRÓXIMO Á CASARSE

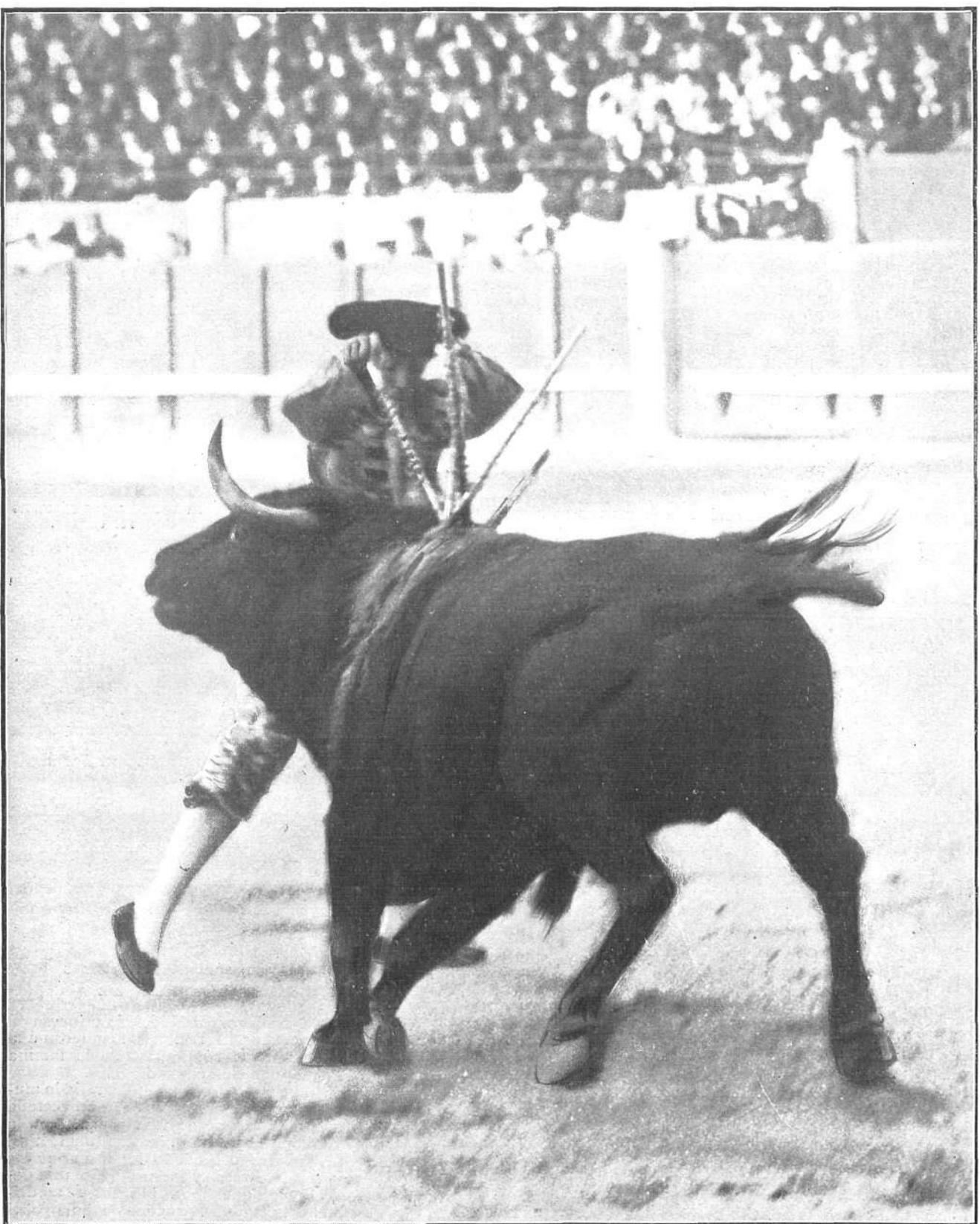
hija, ha llegado á Madrid la princesa de Battenberg. A recibirla acudieron á la estación del Mediodía toda la familia Real y los elementos oficiales.

Se ha hablado y se ha teleografiado muchísimo con motivo de la proyectada boda del duque de los Abruzzos con la millonaria yanqui miss Catalina Elkins. El noviazgo ha dado lugar á no pocas indiscreciones, y ha motivado una declaración que honra al príncipe madrileño, hijo de D. Amadeo de Saboya, el cual ha manifestado que no aceptará la dote que corresponde por derecho propio á su futura, pues el matrimonio á que aspira es pura y simplemente de amor.



LAS INMEDIACIONES DEL HOTEL INGLÉS, AL SALIR FUENTES (x) PARA LA PLAZA

Fot. Cifuentes



EL ÚLTIMO PAR DE BANDERILLAS DE FUENTES EN LA PLAZA DE MADRID



UN DESCANSO DEL DÍSTRO EN LA BARRERA DESPUÉS DE LA MUERTE DEL PRIMER TORO

LA DESPEDIDA DE ANTONIO FUENTES

Fue un verdadero acontecimiento la despedida del público madrileño del famoso matador de toros Antonio Fuentes, celebrada con una buena corrida de toros de Veragua, que estoquearon con él los también celebrados diestros Bombita y Machaquito.

El anuncio de tal fiesta taurina había despertado excepcional expectación, y desde mucho antes de empezar la corrida estaban vendidas, y a buen precio, todas las localidades de la plaza.

Para Fuentes fue el día de continuados triunfos, pues desde que salió del hotel, á cuyas puertas le esperaba numeroso público, hasta que regresó de la plaza, puede decirse que recibió una ovación ininterrumpida. Ciertamente es que el gran torero tuvo una buena tarde, pues lidió como en sus mejores tiempos y dió lugar al efusivo entusiasmo del público. Hemos recogido en esta doble plana las notas gráficas más salientes del asunto á que nos referimos, y en las varias fotografías que aquí quedau reproducidas puede verse á Fuentes al salir del hotel y luego en los diferentes momentos de la corrida.



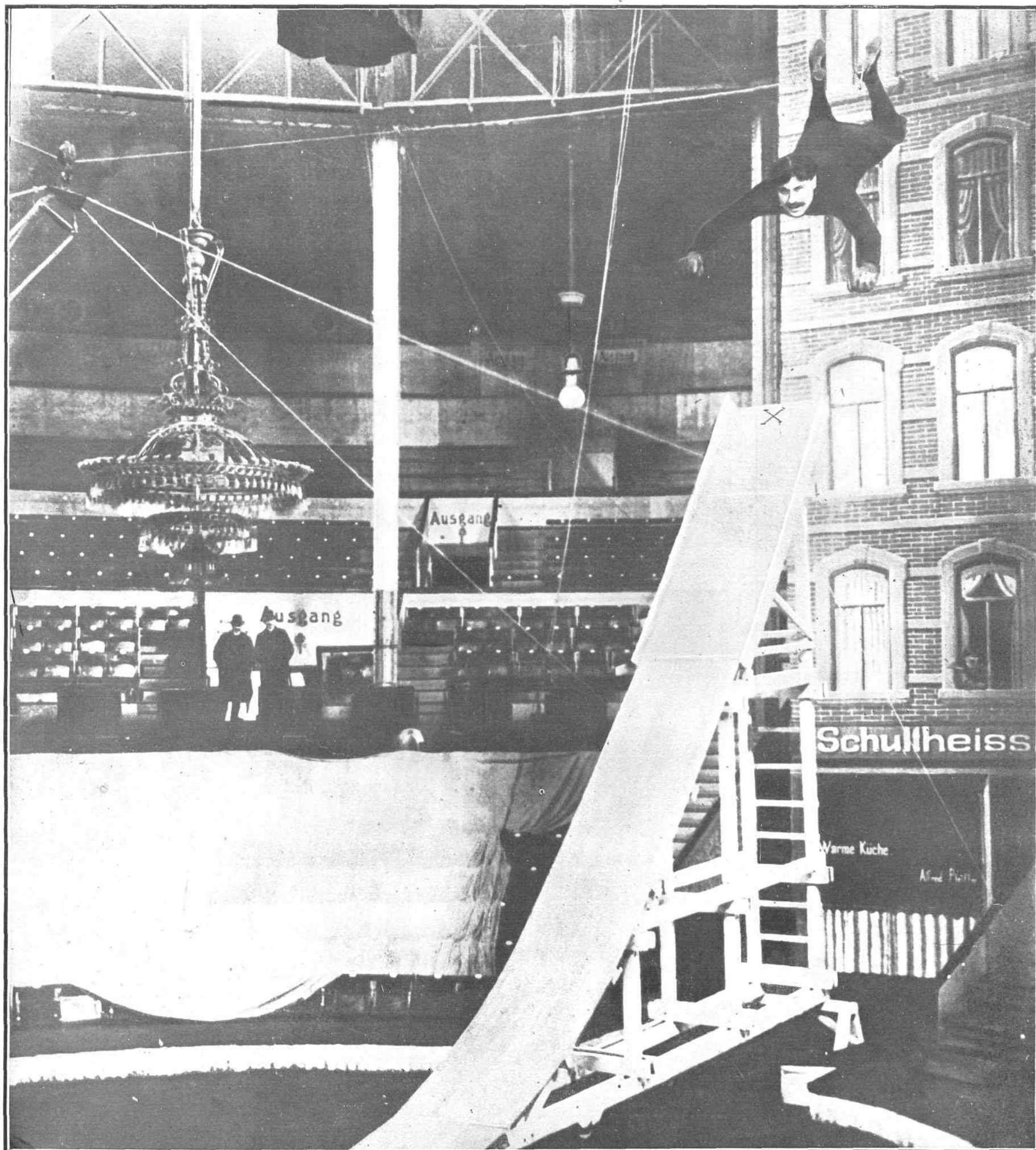
FUENTES DANDO LA ÚLTIMA ESTOCADA EN LA CORRIDA DE SU DESPEDIDA



FUENTES RECIBIENDO LA OVACIÓN CON QUE EL PÚBLICO PREMIÓ SU TRABAJO EL DOMINGO ÚLTIMO

Fotografías Goni



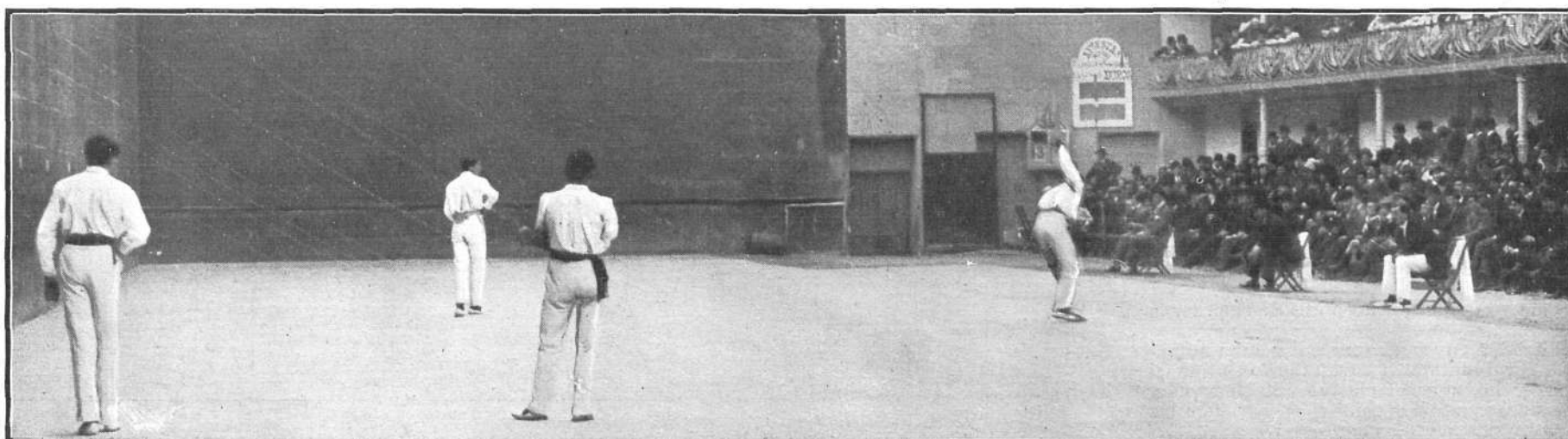


BERLÍN. EL DESGRACIADO ACRÓBATA GABDIN, EN EL EJERCICIO QUE LE COSTÓ LA VIDA POR HABER CAÍDO EN EL BORDE (X) DE LA RAMPA EN VEZ DE RESBALAR POR ELLA AL ARROJARSE DESDE UNA ALTURA DE 15 METROS

Fot. Berliner

EL SALTO DE LA MUERTE

CLUB SPORT-VASCO



MADRID. PARTIDO DE PELOTA JUGADO EN JAI ALAI POR LOS DISTINGUIDOS SOCIOS DEL CLUB SPORT-VASCO

Fot. Cituantes



MISS PEARL LALIA



MISS IDA STRATHAM



MR. ARTHUR CARTWRIGHT



MISS OLIVIA ELTONE



MISS IRENE LAVINGTON

En breve comenzará á actuar en el teatro de la Comedia una notable compañía de opereta inglesa, de la cual forman parte los artistas cuyos retratos aparecen en la parte superior de esta plana.

El repertorio de estos artistas es muy escogido, pues en él figuran las obras de gran espectáculo que han obtenido mayores éxitos en los teatros londinenses durante los últimos años.

La esplendidez asombrosa de los ropajes que visten las imágenes de las cofradías sevillanas que por Semana Santa salen en procesión por las calles de la ciudad de Betis, sugiere á todo el que las contempla la reflexión del tiempo y el trabajo necesarios para confeccionar aquellas túnicas y aquellos mantos, en que el valioso tejido casi desaparece bajo los bordados de oro.

Empléanse en tal labor numerosas mujeres, habilísimas bordadoras, que rodeando la tela como aparecen en nuestro grabado, trabajan todas á un tiempo. Los dibujos originales de cada bordado son verdaderas obras de arte.

MADRID. COMPAÑIA DE OPERETA INGLESA

SEVILLA. EL BORDADO DE UN MANTO



OPERARIAS DE UN GRAN TALLER DE SEVILLA BORDANDO EL RIQUÍSIMO MANTO QUE EN LA SEMANA SANTA DE ESTE AÑO ESTRENARÁ LA IMAGEN DE JESÚS DEL GRAN PODER

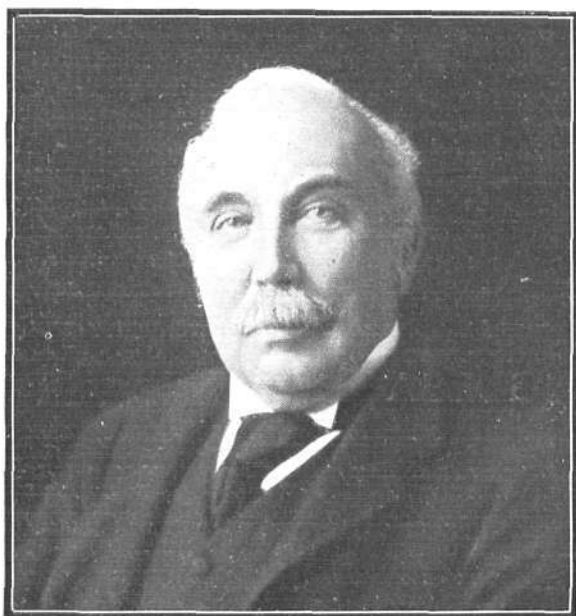
Fot. Barrera



MADRID. TEATRO ESPAÑOL. UNA ESCENA DE «FIGURAR», OBRA ESTRENADA EN EL BENEFICIO DE MARÍA GUERRERO



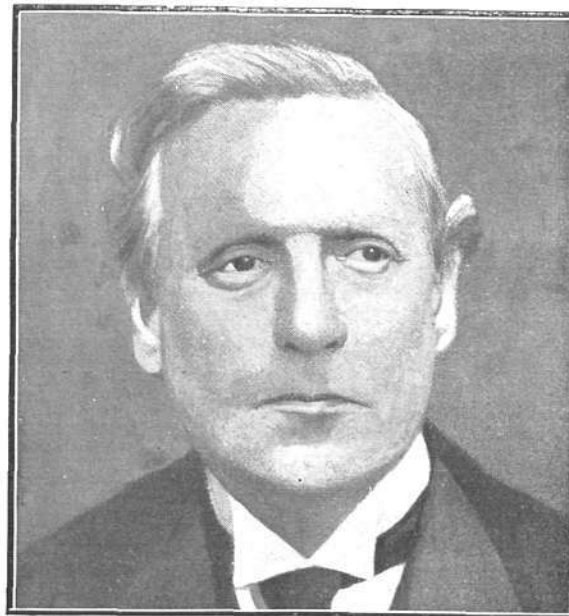
MADRID. BANQUETE CELEBRADO POR EL CENTRE CATALÁ EN HONOR DE SU PRESIDENTE SR. RECASENS
Fot. Gifuentes



SIR H. CAMPBELL BANNERMAN,
EX PRIMER MINISTRO INGLÉS
Fot. Halfonca



LA CELEBRADA ARTISTA ESPAÑOLA «LA BELLA OTERO»



EL NUEVO PRIMER MINISTRO DE INGLATERRA,
LORD ASQUITH
De «The Graphic»

ASUNTOS VARIOS



LA CORUÑA. EL CADÁVER DEL POETA CURROS ENRIQUEZ EXPUESTO EN EL AYUNTAMIENTO
Fot. Ferrer



MULA. LUGAR DONDE SE CELEBRÓ EL MITIN ORGANIZADO POR RODRIGO SORIANO
Fot. Gil Caudel



Saint-Maixent quedó deslumbrado, y durante algunos segundos, aquel hombre de corazón de hielo olvidó los millones...

LA MUERTA EN VIDA

SEGUNDA PARTE

Continuación.

Al oír aquella noticia, la joven inclinó la cabeza para ocultar su vivo rubor. La idea de encontrarse sola durante largos días y noches al lado del marqués, hizo afluir á sus mejillas toda la sangre de su corazón.

Nuestro héroe, por su parte, se mordió los labios para disimular una sonrisa como la que debió crisar los de Mefistófeles al adquirir la seguridad de que el doctor Fausto le iba á pertenecer por completo.

Los preparativos del viaje dieron principio aquel mismo día.

El conde y la condesa se pusieron en camino. Saint-Maixent los despidió con las más vivas muestras de ternura y gratitud; pero en su interior se agitaba un pensamiento horrible.

—¡Si no volvieran!—se dijo.

VIII

Tan pronto como Saint-Maixent se encontró dueño del terreno, es decir, solo con la marquesa, echó de ver que su papel no era tan fácil como en un principio había creído. Desde su llegada al castillo, nuestro héroe había reservado todas sus atenciones para la condesa; la hermosa Olimpia sólo le había merecido repetidas pruebas de cortés indiferencia.

¿Cómo verificar, sin ponerse en ridículo, una brusca transformación, saltando del papel de indiferente al de enamorado galán?

El marqués, so pena de comprometer su empresa, no podía apresurarse demasiado, ni hacer su declaración sin transiciones hábilmente preparadas; pero tampoco podía caminar con demasiada lentitud, pues urgía ganar la victoria antes de la vuelta de los condes.

En cuanto nuestro héroe dió principio á sus maniobras estratégicas, conoció que tenía que luchar con un adversario formidable.

La señora de Chavigny, que en su cualidad de mujer, y de mujer bonita, era dos veces coqueta, se hallaba ofendida por la indiferencia del marqués. En cuanto vió á Saint-Maixent hacer las primeras demostraciones amorosas,

resolvió tomar su desquite y procurarse la satisfacción de una *vendetta* femenina, fingiendo, á su vez, una indiferencia que en realidad no sentía.

Lejos de rechazar con ridícula gazmoñería las demostraciones del marqués, las acogió muy bien, y afectó considerarlas pura y simplemente como testimonio de amistad, con lo cual dejó bastante desconcertado á nuestro héroe.

La señora de Chavigny concedió desde luego al marqués un trato familiar; llamábale *primo*, aunque el lazo de parentesco que los unía era muy lejano; no manifestó temor por las largas horas de conversación en los salones del palacio ó en el jardín, ni por los prolongados paseos á caballo á través del bosque, demostrando con esta confianza casi insultante que sólo aceptaba á Saint-Maixent como amigo, y que se negaría á oírle si le hablaba otro lenguaje que el de un hermano para con su hermana.

Poco trabajo costó á Saint-Maixent adivinar el juego de la bella desdeñosa, prometiéndose entonces vencerlo por medio de algún golpe maestro que hiciese suya la partida.

Partida difícil, por cierto. La posición en que la bella Olimpia se había atrincherado era casi inexpugnable, pues como dice un antiguo refrán, «no hay peor sordo que el que no quiere oír». En efecto, ¿cómo murmurar palabras de amor al oído de una mujer que las escucha riendo, las acoge como una broma, y no se digna siquiera tomarlas por lo serio?

Así sucedió por espacio de una semana. Saint-Maixent, no obstante sus reiteradas tentativas, se encontró tan poco adelantado como al principio. Su irritación contra Olimpia no tenía límites.

—¡Necia, torpe—se decía,—ridícula y obstinada chiquilla, que me ama, y que, sin embargo, para vengarse de las pequeñas contrariedades que, á pesar mío, le he ocasionado, se empeña en no salir de su estúpida farsa! Es imposible que las cosas continúen de este modo: el tiempo vuela; el conde de Rahon y su esposa deben haber llegado á París, y si para su vuelta no me he puesto de acuerdo con Olimpia, se comprometen todos mis planes. Vacilar es perder el porvenir. ¡Manos á la obra!

La noche del mismo día, valiéndose del crédito que con tanta generosi-

dad le había abierto el conde de Rahon, el marqués pidió cincuenta lises á Lactancio, que se los entregó inmediatamente.

Provisto de esta suma, nuestro héroe tuvo con su criado la siguiente conversación:

—Lázaro—le dijo,—¿no te aburre la vida semipatriarcal que aquí llevamos?, ¿no te cansa este quietismo forzoso, esta invariable monotonía?

—¡Ay!—repuso el ex amigo de Simona Raymond,—no lo sé á punto fijo; pero estoy dispuesto á creerlo por poco que el señor marqués lo afirme, por más que veo que esta vida pacífica tiene su lado bueno. Poco á poco me voy reponiendo y engordando, y, francamente, me agrada mucho saber al acostarme que no seré preso ni ahorcado al despertar.

—Conforme—prosiguió el marqués.—Pero veo con profunda pena que se gastan en la ociosidad las brillantes cualidades de que la Naturaleza te ha dotado.

—También yo lo deploro sinceramente, señor marqués—dijo Lázaro, tomando un aire compungido;—pero ¿qué hacer? Ahora que hemos encontrado la ciudad de Jauja, ¿sería prudente abandonarla para correr nuevas aventuras?

—¿Quién te habla de abandonarla? ¿Te figuras que tu amo ha perdido el juicio...? ¿Pero qué dirías si alguna de aquellas aventuras de los buenos tiempos viniese á buscarnos hasta aquí?

Lázaro levantó la cabeza; un relámpago de alegría brilló en sus ojos, y su nariz dilatada aspiró el aire con violencia.

—¡Ah, voto al diablo!—exclamó.—¿Le daría la bienvenida! No me permitiré dirigir al señor marqués una pregunta indiscreta; pero me parece que tenemos algo nuevo.

—No te equivocas.

Las miradas del lacayo expresaron la más viva curiosidad.

—¿Conque es decir que sigues tan lleno de celo y de resolución como siempre?—prosiguió Saint-Maixent.

—El señor marqués sabe muy bien que puede contar conmigo... ¿Qué debo hacer?

—Necesito cuatro tunos valientes y dispuestos á todo; se trata de que tú me los proporciones.

—¿Me cuenta el señor marqués en el número de esos cuatro tunos?

—No; tú serás el quinto.

—¿Los necesita muy pronto?

—Cuanto antes mejor; tengo mucha prisa, y sin ellos no puedo hacer nada.

—Si estuviésemos en París, diría: dentro de dos horas los tendrá el señor marqués. Pero estamos en el fondo de la Auvernia y necesitaré lo menos tres días. Pienso ir á buscarlos á Mauriac, que está cerca, y tal vez los haya.

—En efecto, es probable.

—¿Empleará el señor marqués á esos hombres durante mucho tiempo?

—Un día nada más.

—¿Correrán algún grave peligro?

—Cuando más, algún arañazo; pero nada grave, ningún peligro de muerte, ningún riesgo, ni posibilidad siquiera de caer en manos de la justicia. Lo único que importa es que esos hombres sean completamente desconocidos en los alrededores del castillo.

—Eso es fácil. Ahora falta tratar de la cuestión pecuniaria; pero, como son pocos los riesgos, mis cuatro acólitos no tendrán razón para ser demasiado exigentes.

—Quiero, sin embargo, dejarlos contentos. ¿Cuánto crees tú que se les debe dar?

—A mí me parece que por diez lises cada uno harán con entusiasmo lo que se les mande.

—De modo que son cuarenta lises; he aquí cincuenta—dijo Saint-Maixent, sacando la bolsa que acababa de entregarle el mayordomo.

Lázaro guardó los cincuenta lises.

—¿Cuándo habré de ponerme en marcha?—preguntó.

—Mañana muy temprano.

—¿Qué disculpa daré á los criados del palacio para explicar mi ausencia?

—Les dirás que yo te envío con un mensaje á veinte leguas de aquí; ahora te dará un pliego en blanco metido en un sobre, escrito y sellado con mis armas, á fin de que te lo vean en la mano. El sobre irá dirigido á uno de mis parientes, por si alguna mirada indiscreta se aproxima demasiado.

—¿Cómo haré el viaje?

—En un caballo que sacarás de las caballerizas del castillo; al llegar á Mauriac te apeará en cualquier posada y cuidarás de quitarte la librea para ir en busca de nuestros hombres.

—Descuide el señor marqués. Una vez reclutada mi gente, ¿adónde debo conducirla? Supongo que no será cosa de traerla al palacio.

—A dos leguas de aquí; en el sitio donde el camino de Mauriac atraviesa por los bosques de Rahon hay una taberna, cuya dueña es una vieja tuerta, que parece enteramente una bruja.

—Conozco la taberna y he reparado en la vieja.

—Pues allí llevarás á tus reclutas y los dejarás en compañía de algunos jarros de vino, suficientes para quitarles la sed, pero no para emborracharlos. Les recomendarás absoluta discreción; no creo que les cueste mucho trabajo comprender que lo exige su seguridad; por otra parte, no deben saber tu nombre ni el mío, ni siquiera el del castillo de Rahon. En cuanto al objeto en que trato de emplearlos, lo ignorarán, puesto que á ti mismo te ha de ser desconocido.

—¿Y luego?—preguntó Lázaro.

—Una vez que nuestros hombres queden instalados en la taberna, montarás á caballo, te quitarás el casaca que te hayas puesto encima de la librea y vendrás á avisarme. Los cuatro tunos dormirán en la taberna, donde irás á buscarlos al día siguiente.

—Así se hará.

—Te pones en camino mañana lunes; te concedo todo el martes para hacer tus pesquisas, y cuento con que estés de vuelta el miércoles por la noche.

—Casi me comprometo á hacerlo. Sin embargo, si me tardase un día más

será porque no lo haya podido remediar, y para ese caso reclamo la indulgencia del señor marqués.

—Descuida, que la obtendrás. Voy á darte el pliego que hemos convenido; aguarda un poco.

Al amanecer del día siguiente, Lázaro montó á caballo y emprendió al trote el camino de Mauriac.

IX

El miércoles por la noche volvió Lázaro al palacio é hizo avisar á su amo que deseaba hablarle. El marqués interrumpió la conversación empezada con la señora de Chavigny, y fué á reunirse con su fiel lacayo.

—Has sido puntual—le dijo al verle;—lo esperaba. ¿Has logrado el objeto de tu viaje?

—Sí, señor marqués.

—¿De suerte que nuestros cuatro ganapanes...?

—Me atrevo á asegurar que los he elegido con discernimiento. La provincia ofrece recursos; no hubiera encontrado otros mejores ni en París.

—¿Están dispuestos á todo?

—Ni más ni menos que yo, y, sea cualquiera la ocupación que el señor marqués se proponga darles, estoy convencido de que sabrán desempeñarla á las mil maravillas. A estas horas quedan instalados en la taberna que me designó el señor marqués; tienen vino bastante para matar el tiempo, pero no tanto que pueda subirseles á la cabeza. He prometido un luis á la tabernera con tal de que cierre la puerta hasta que yo vuelva. Por un luis vendería aquella bruja su alma al demonio; por consiguiente, estoy segurísimo de que cumplirá su palabra.

Saint-Maixent felicitó á Lázaro, que por cierto merecía los mayores elogios; después empleó una hora en darle minuciosas instrucciones, que el lacayo prometió no olvidar, jurando conformarse á ellas punto por punto.

Hecho esto, el marqués volvió á reunirse con la bella Olimpia, y Lázaro aguardó á que llegase la noche para abandonar de nuevo el palacio y volver á la taberna donde sus hombres descansaban de las fatigas del viaje.

Desde la partida del conde y la condesa de Rahon, Saint-Maixent acostumbraba á dar diariamente un paseo á caballo con la señora de Chavigny, y en estas excursiones acompañábase á respetuosa distancia un solo criado.

Aunque corría ya la segunda mitad del otoño, las horas del mediodía eran calurosas como en verano, y los dos jóvenes buscaban bajo la espesa bóveda del bosque un abrigo contra los abrasadores rayos del sol.

Al día siguiente el marqués visitó las caballerizas á la hora en que los palafreneros se hallaban en la cocina para comer en la mesa común. Se detuvo, sobre todo en los compartimientos de la yegua alazana que prefería Olimpia y del caballo que acostumbraba á montar el criado.

A eso de las dos, como de costumbre, llevaron los caballos al pie de la escalinata del palacio.

El marqués aguardaba ya con botas de montar, espuelas de oro, sombrero de fieltro con pluma roja, y al costado una espada maravillosamente cincelada, que más parecía un objeto de lujo y de arte que un arma ofensiva.

La bella marquesa salió á su vez de sus habitaciones. Estaba aún más hermosa que de ordinario, con su gracioso traje de amazona, de seda azul con rayas color mahón.

El corpiño, que dibujaba los purísimos contornos de su esbelto talle, se entreabría sobre el pecho, dejando ver una bordada camisola que una estrecha cinta de seda negra ceñía á la garganta.

Llevaba inclinado sobre la oreja un gracioso coquetería un sombrero de fieltro gris con pluma blanca, por debajo de la cual caían los dorados y sedosos bucles de su magnífica cabellera.

Con el brazo izquierdo se recogía la interminable cola de su vestido, y con la mano derecha, cubierta con un guante de gamuza, manejaba un latiguillo con precioso puño de marfil esculpido.

Saint-Maixent quedó deslumbrado, y, durante algunos segundos, aquel hombre de corazón de hielo olvidó los millones para no pensar más que en las gracias encantadoras de la joven.

La yegua alazana, de pura raza, piafaba con impaciencia y encorbaba el cuello, sacudiendo sus lustrosas crines.

La señora de Chavigny montó á caballo con ligereza y casi sin apoyar su breve pie sobre la mano que le presentaba Saint-Maixent.

Saint-Maixent llevaba un caballo español de hermosa estampa y gran alzada.

El criado les seguía espoleando su jaco y cuidando de mantenerse constantemente á respetuosa distancia.

El marqués y la amazona galoparon el uno junto al otro, sin cambiar ni una palabra, hasta los límites del parque. En el momento en que iban á abandonar el recinto cercado de tapias y á internarse en la espesura del bosque, la hermosa Olimpia contuvo un poco su yegua, y, volviéndose hacia Saint-Maixent, le preguntó:

—¿Adónde me lleváis hoy, primo?

—¿Conocéis el sitio llamado *El fin del mundo*?

—No, pero he oído hablar á la condesa como de una cosa extraordinaria y digna de ser vista.

—En efecto, es el sitio más hermoso de la comarca. Pocos he visto tan majestuosos y sorprendentes. La señora de Rahon tiene razón al afirmar que es digno de visitarse.

—¿Está muy lejos?

—A unas dos leguas.

—Pues bien; vamos al *fin del mundo*.

—Vamos.

—¿Sabéis el camino? ¿Estáis seguro de no extraviarme en el bosque?

—Descuidad, prima; respondo de vos.

Al pronunciar estas últimas palabras, vagó por los labios del marqués una sonrisa muy singular. Pero la joven miraba hacia otra parte y no pudo notarla.

Los dos caballos volvieron á tomar el galope por una ancha alameda, que

no tardó en convertirse en sendero tan estrecho que la amazona y el marqués se tocaban. A veces los perfumados bucles de la joven rozaban el rostro de Saint-Maixent.

Una espesa bóveda sombreaba el camino; cubría el suelo una alfombra de musgo, que ahogaba las pisadas de las cabalgaduras.

Sólo turbaban el silencio del bosque el monótono canto del cuco y el ruido que producía el picoverde al taladrar la corteza de los árboles.

El fin del mundo era un lugar famoso en aquella parte de la Auvernia, y merecía su reputación.

Figúense nuestros lectores el extremo de un valle, ó mejor dicho, de una estrecha cañada encajonada entre enormes masas graníticas, de una altura prodigiosa.

Súbitamente aquellos peñascos se aproximan y acaban por reunirse, deteniendo al viajero ante una muralla gigantesca y sombría que parece decir: «¡No pasarás de aquí!»

De esto provenía su nombre.

Un torrente originario de las montañas que cerraban el horizonte, y cuyas cumbres se perdían entre las nubes, se precipitaba con estruendo desde la cúspide de la más alta roca, é iba á perderse en una sima circular que despedía vapores blancos, semejantes á pálidos fantasmas.

La profundidad de aquel abismo era tal, que los campesinos de las cercanías afirmaban de buena fe que no tenía fondo, ó, por lo menos, que conducía directamente al centro de la tierra.

Tal era el sitio que Olimpia iba á visitar. El fin del mundo se hallaba á una legua escasa de la taberna donde Lázaro había alojado á sus cuatro bandidos.

A unos cien pasos del precipicio, el terreno se volvía resbaladizo y difícil para los caballos, pues se deslizaban entre la hierba y el musgo.

Uno de aquellos arroyos vertía sus aguas en un pequeño estanque circular formado por la Naturaleza con asombrosa perfección. Un príncipe hubiera envidiado para su baño aquel estanque de granito pulimentado, adonde acudían á beber los pajarillos del bosque.

Saint-Maixent se detuvo al llegar aquí.

—No es posible ir más lejos con los caballos—dijo.—Si os parece, prima, nos apearemos, y mientras que Germán deja beber á nuestras monturas en este estanque, llegaremos hasta el borde del precipicio.

Olimpia, por toda respuesta, saltó de su caballo sin ayuda de nadie, entregó las bridas á Germán y, recogiendo la cola del vestido y apoyándose en el brazo del marqués, exclamó con acento imperioso:

—¡Venid, primo...!

Los dos jóvenes, caminando con precaución por la parte seca del terreno, se dirigieron hacia el extremo del valle. Saint-Maixent se paró á pocos pasos de la sima y preguntó á su compañera:

—¿Qué os parece este sitio?

—Me parece grandioso, admirable, pero muy triste—repuso Olimpia.—Al llegar aquí se siente la imaginación sobrecogida; creíase que va á suceder algo imprevisto y terrible. Casi tengo miedo.

—En ese caso no permanezcamos aquí ni un minuto más.

—¿Me tomáis por una chicuela asustadiza? Habéis dicho que iríamos hasta el borde del abismo. Venid.

—Pero, prima...

—¡Venid, lo quiero!

X

El marqués se inclinó y siguió andando hacia la sima en que el torrente se precipitaba; Olimpia, llena de impaciencia, soltó el brazo de su compañero, se adelantó sola hasta el borde del abismo, de donde salían un confuso estrépito y los siniestros vapores de que hemos hablado, é inclinándose el cuerpo hacia adelante con increíble imprudencia, trató de sondear las profundidades ocultas por un velo de blancas y movibles nubes.

Saint-Maixent se quedó aterrado al ver la audacia de la joven.

En efecto, de un instante á otro podía apoderarse de ella el vértigo y hacerla perder el equilibrio; los millones tan codiciados por el marqués desaparecerían entonces al mismo tiempo que la hermosa Olimpia.

Entretanto, la joven seguía en la misma actitud, y parecía completamente absorta en su contemplación.

El marqués no se atrevía á tocarla ni á dirigirla siquiera la palabra, pues en la crítica situación en que se había colocado voluntariamente, la sorpresa más leve, el menor movimiento, podían ocasionar una desgracia.

De pronto Olimpia retrocedió dos pasos, se volvió hacia Saint-Maixent y, fijando en él una mirada escrutadora, señaló el abismo con su látigo y le preguntó bruscamente:

—Si yo me hubiera caído ahí, ¿qué hubierais hecho?

El marqués se quedó en extremo sorprendido; pero, aunque no estaba preparado para aquella pregunta, respondió sin vacilar:

—Me hubiera arrojado detrás de vos.

—¿Para salvarme?—prosiguió Olimpia.—Bien sabéis que no sería posible.

—¡Lo sé!

—Entonces, ¿á qué seguirme?

—Para morir con vos.

Olimpia inclinó sus largas pestañas, y á las rosadas tintas de sus mejillas sucedió el más vivo carmín.

—¿Hablaís con toda sinceridad, primo?—dijo al cabo de un instante.

—Con el corazón en la mano.

—¿De veras haríais eso?

—Sí, os lo juro. ¿Dudáis tal vez?

—¿Y cómo no he de dudar? Nunca he oído decir que un hermano haya muerto para no sobrevivir á su hermana.

Al decir estas palabras vagó por los labios de la joven una sonrisa enloquecedora.

—¡Olimpia, Olimpia!—exclamó el marqués con acento conmovido.—¡Harto sabéis que lo que yo siento hacia vos no es un cariño de hermano! ¡Harto conocéis cuán grande es el amor que os profesó! ¿Por qué os obs-

tináis, pues, en representar ese juego que me desgarrá el corazón? ¿Por qué fingís no comprenderme?

Por primera vez la hermosa Olimpia no acogió aquella apasionada declaración con una carcajada ó con una respuesta irónica; inclinó la cabeza sobre el pecho y se ruborizó aún más.

Al cabo de un instante, apoyándose de nuevo en el brazo del marqués, con voz tan baja que apenas era perceptible, le dijo:

—Venid... marchemos.

Y se dirigió hacia el sitio donde habían dejado las monturas bajo la custodia del lacayo. La joven caminaba muy de prisa, pero parecía afectada por una emoción profunda; vacilaba á cada paso como si no pudiera sostenerse.

Saint-Maixent hubo de ayudarla á montar en su yegua y colocó las bridas en sus temblorosas manos.

—¿Qué transformación...!—se dijo el marqués;—¡no podía hallarse mejor dispuesta para el golpe teatral que se prepara!

La marquesa y nuestro héroe partieron al paso de sus cabalgaduras, sin cambiar ni una palabra. Saint-Maixent guardaba religioso silencio, comprendiendo que las meditaciones de Olimpia le favorecían más que las declaraciones más ardientes.

Después de algunos minutos, la señora de Chavigny, como si despertase de un sueño, dijo:

—¡A galope! ¡á galope!—y castigó repetidas veces á su yegua.

Hubiérase dicho que la joven quería huir de sus propios pensamientos con aquella desenfrenada carrera.

El marqués la siguió con la sonrisa en los labios.

De pronto se oyó un grito de dolor detrás de los dos jóvenes, que detuvieron bruscamente sus caballos y volvieron la cabeza.

La cabalgadura del criado acababa de dar una caída tan desgraciada para el jinete, que se había roto una pierna.

Saint-Maixent se apeó y corrió hacia el pobre hombre, que sufría tormentos indecibles.

—¡La culpa la tiene este maldito animal!—gemía el lacayo, jurando como un carretero.—Desde hace poco le sentía temblar y vacilar como si estuviese borracho; yo procuraba sostenerle, pero nada; á lo mejor, ¡pataplum!, da de hocicos en el suelo. Y ahora, ya lo veis, señor marqués, no se menea; está como muerto: ¡cuando digo que es cosa del diablo!

—Buen amigo—dijo Saint-Maixent,—el diablo nada tiene que ver con esto. Nuestros caballos, sofocados, habrán bebido agua demasiado fría en El fin del mundo, y esa imprudencia es la única causa de la desgracia que os acaba de suceder. Por lo demás, tranquilizaos: se os cuidará con esmero, muy pronto estaréis curado, y yo, de mi bolsillo particular, os daré una buena gratificación.

—Doy las gracias al señor marqués por tanta bondad; pero mi pobre pierna me hace sufrir horriblemente.

—Armaos de valor; voy á apoyaros contra el tronco de un árbol, y en cuanto llegue al palacio os enviaré cuatro hombres con una camilla.

Saint-Maixent, para atenuar un poco los atroces dolores que experimentaba el lacayo, le apoyó contra una encina del mejor modo que pudo. El caballo no hacía ánimos de levantarse y parecía más muerto que vivo.

—Vamos pronto—dijo Olimpia;—es menester enviar inmediatamente auxilios á ese desgraciado.

Y diciendo estas palabras, hizo partir otra vez su yegua á galope tendido.

Durante ocho ó diez minutos, Nina sostuvo aquella carrera con su vigor acostumbrado; pero poco á poco fue aminorando su rapidez sin causa aparente; por último, Olimpia dejó escapar una exclamación de asombro.

—¿Qué ocurre, prima?—preguntó el marqués.

—Ocurre que mi yegua ha tropezado dos veces seguidas; parece que no anda con tanta seguridad como de costumbre; vacila como si fuese á caer. ¡Es extraño!

—¡Muy extraño, por cierto!—repuso nuestro héroe.—Su piel, seca y brillante hace un momento, está ahora cubierta de sudor; respira penosamente, sus manos se rozan. ¿Qué le habrá dado tan de repente?

La bella Olimpia, no sabiendo qué responder á aquella pregunta, se contentó con decir:

—Puede que no sea nada. Sigamos adelante; ese pobre Germán no puede quedar abandonado mucho tiempo.

Nina, requerida por el látigo, hizo un supremo esfuerzo para partir al galope, pero no le fué posible; encabritóse sobre sus patas vacilantes, osciló como un barquichelo próximo á zozobrar, y, por último, cayó, arrastrando á Olimpia, como el otro caballo había arrastrado al lacayo.

Afortunadamente, se hallaba allí el marqués, estaba prevenido, y, cogiendo á la joven casi al vuelo, la levantó de la silla antes de que la yegua cayese al suelo.

Esto pasó en un sitio del bosque obstruido por espesos matorrales y grandes rocas cubiertas de maleza, sitio que parecía desierto.

Olimpia se dejó escurrir de los brazos de Saint-Maixent al suelo, y dirigió una triste mirada á su yegua Nina, que, tendida á lo largo sobre la hierba, parecía incapaz de hacer la menor tentativa para levantarse; todos sus miembros se agitaban con un temblor convulsivo parecido á la agonía.

—¿Se morirá?—preguntó la joven con los ojos arrasados en lágrimas.

—Si he de hablaros con franqueza, prima, mucho lo temo—repuso el marqués.

A la par que decía estas palabras, Saint-Maixent prestaba atento oído á esos monótonos rumores que la brisa produce al deslizarse entre las hojas y que son como la voz de la selva.

Hubiérase dicho que esperaba algo con impaciencia.

De pronto se estremeció y sus ojos brillaron con una expresión de alegría, que procuró disimular inmediatamente.

A poca distancia de allí se había oído un ligero silbido, que cualquiera hubiera tomado por el agudo canto de un mirlo.

—¡Pobre Nina!—prosiguió tristemente la señora de Chavigny.—¡Tan noble, tan briosa...! ¡Apenas me sentía sobre la silla, brincaba como una cierva y parecía llevarme con orgullo! Si se muere, no se me quitará la pena en mucho tiempo.

La hermosa Olimpia enjugó sus lágrimas, y al cabo de un momento añadió:

—Estamos á dos leguas del palacio, ¿qué vamos á hacer?

—Lo único posible, querida prima—repuso el marqués.—Voy á despojar á Nina y á poner vuestra silla á Ralph, en el que montaréis; á Dios gracias, se encuentra perfectamente.

—Pero ¿y vos?

—Iré á pie; dos leguas no son nada para un cazador como yo; en poco más de una hora las andaremos.

Sin aguardar la respuesta de la joven, Saint-Maixent se puso á desatar las cinchas de Nina y colocó la silla de mujer sobre los vigorosos lomos del caballo español.

Había terminado apenas, cuando el animal, impulsado por un súbito capricho, ú obedeciendo tal vez á alguna excitación misteriosa, sacudió bruscamente la cabeza, arrancó la brida de manos del marqués y partió á escape y relinchando á través de los matorrales.

Olimpia lanzó un grito de terror.

—No tengáis miedo, prima—dijo Saint-Maixent;—Ralph es muy dócil; por lo regular conoce mi voz y me obedece; pronto lo alcanzaré.

Y echó á correr detrás del caballo, que, alegre y orgulloso de haber conquistado su libertad, botaba como un potro salvaje.

La hermosa Olimpia se quedó sola al pie de un gigantesco castaño.

XI

Un instante después, Saint-Maixent desapareció entre las rocas pobladas de arbustos espinosos, que, según hemos dicho, surgían de trecho en trecho limitando el raso que allí formaba el bosque.

Acababa de perderse de vista, cuando resonaron en torno de la marquesa cuatro silbidos que partían de diferentes direcciones.

Al mismo tiempo surgieron de entre los matorrales cuatro hombres de muy mala catadura que se dirigían hacia Olimpia.

Esta, al ver aquellas figuras de bandidos, se sintió poseída de terror, y trató de huir; pero los cuatro hombres le cortaron el paso.

Quiso llamar al marqués, que no debía hallarse muy lejos, pero no le fué posible articular ningún sonido; el miedo le embargaba la voz y le privaba del uso de la palabra.

Los cuatro bandidos siguieron adelantando hasta llegar muy cerca de Olimpia.

La joven reunió todas sus fuerzas, procuró recobrar su valor, y con voz desfallecida, balbució:

—¿Qué me queréis?

Uno de los bandidos se quitó su sombrero sucio y deformado, hizo una grotesca reverencia y, apoyando la mano sobre el corazón, respondió:

—Tranquilícese la señora marquesa, pues no le hacemos daño alguno.

—Os pregunto qué me queréis. ¿Sois ladrones?

—¡Ladrones nosotros!—replicó el interlocutor de la hermosa Olimpia con un gesto de cómica indignación.—La señora marquesa ofende á unos pobres infelices que, lejos de tener malas intenciones, traen una misión que les honra: somos los agentes diplomáticos de una reconciliación conyugal; venimos en busca de la señora marquesa de parte de su marido el muy noble y poderoso señor marqués de Auvray de Chavigny, que no puede vivir más tiempo privado de la agradable compañía de su joven esposa.

—¿Y si yo me niego á seguirlos?—preguntó Olimpia, estremeciéndose de pies á cabeza.

—No creo que la señora marquesa se niegue, pues demasiado ve que somos los más fuertes. Por lo demás, nada tiene que temer de nuestra parte; se le guardarán las más exquisitas consideraciones, y si la señora marquesa entra en razón, como no lo dudo, y nos acompaña de buen grado, no nos veremos en la triste necesidad de atarla y amordazarla.

—¡Miserables! Me habéis atacado porque me creéis indefensa. Pero no estoy sola; pronto vendrán en mi auxilio.

—Sabemos muy bien que la señora marquesa cuenta con la protección de un caballero; pero somos cuatro, armados hasta los dientes y resueltos á todo; si ese caballero comete la locura de meterse en lo que no le importa, sabremos lo que hacer con él. Si la señora marquesa estima en algo la vida de su defensor, me permitirá aconsejarla que se decida á seguirnos. El señor de Chavigny, privado desde hace largo tiempo de la presencia de su amada esposa, se impacienta y desmejora considerablemente; no le hagamos esperar. A pocos pasos de aquí tenemos nuestros caballos; dígnese, pues, la señora marquesa seguirnos.

—¡Nuncal—respondió Olimpia con energía.

—¿Lo dice terminantemente la señora marquesa?

—¡Sí, cien veces sí!

—Entonces, ¡á grandes males, grandes remedios! Nuestra intención era hacer las cosas pacíficamente y sin violencia; pero la señora marquesa nos obliga á apartarnos de nuestro propósito, y ya que la persuasión no sirve de nada, haremos uso de la fuerza. ¡Ehl ¡ayudadme, compañeros!

Diciendo y haciendo, el locuaz bandido cogió á la joven por la cintura y la cargó al hombro, á pesar de los vigorosos latigazos que la joven le asestaba en la cara.

Otro de los bandidos cogió la mano á la marquesa y le arrancó el látigo, mientras que los dos restantes pasaban alrededor del cuerpo una larga faja de que iban provistos, con lo cual lograron paralizar sus movimientos.

Después, los cuatro juntos echaron á correr con su prisionera, dirigiéndose hacia lo más cerrado del bosque.

Ya hemos dicho el efecto que en un principio había producido á Olimpia el terror.

La inminencia del peligro le hizo recobrar la voz, y con toda la fuerza de sus pulmones, gritó:

—¡A mí, señor de Saint-Maixent, á mí!

En aquel mismo instante el marqués apareció entre los árboles, á poca distancia de allí, trayendo del diestro el caballo, que le seguía dócilmente.

A los clamores de Olimpia respondió con un ronco grito, y, desenvainando su espada, se lanzó hacia los cuatro bandidos.

Estos, apurados con su carga, no podían ir muy de prisa, y era evidente que el marqués los alcanzaría antes de que hubiesen llegado á la espesura del bosque.

—¡Cuernos de Satanás!—dijo con tono burlón el hombre que llevaba á Olimpia;—¡no tenéis compasión de vuestros amigos! ¡Acabáis de pronunciar la sentencia de muerte de ese caballero! Somos hombres de bien, y el homicidio no entra en nuestras costumbres; por consiguiente, sobre vuestra conciencia caerá el que vamos á cometer. ¡Alto aquí, amigos...! Acordaos de que el señor de Chavigny nos recompensa con generosidad nuestros servicios y debemos ganar honradamente nuestro dinero.

Los cuatro bandidos giraron sobre sus talones y amartillaron cada uno una pistola.

Saint-Maixent adelantaba con rapidez, blandiendo la hoja fina y flexible de su espada.

Cuando se halló al alcance de la cuadrilla, el que llevaba en ella la palabra le gritó:

—Si dais un paso más, os saltamos la tapa de los sesos.

—¡Miserables!—gritó el marqués; y, lejos de detenerse, aún corrió más aprisa.

—¡Fuego!—dijo el primer bandido.

Cuatro detonaciones resonaron á un tiempo.

Olimpia, despavorida, creyó ver á través de una nube de humo á Saint-Maixent que vacilaba, próximo á caer; pero sin duda fué una ilusión, pues en vez de caer nuestro héroe, de un salto prodigioso se lanzó sobre los bandidos.

Estos llevaban espada al costado, lo mismo que si fuesen caballeros; desenvainaron rápidamente y aguardaron á su agresor á pie firme.

La marquesa no se desmayó, merced á la sobreexcitación nerviosa que la sostenía; mas, á pesar suyo, iba perdiendo el sentimiento de la realidad: parecía un sueño cuanto veía.

Trabóse en su presencia un combate extraordinario, el combate de un hombre solo contra cuatro espadachines; lucha formidable, que recordaba las prodigiosas hazañas de la época caballerescas.

El marqués hacía frente á todos sus adversarios á la vez. Multiplicábase, con una agilidad casi fantástica, para evitar cuantos ataques le dirigían. La hoja de su espada, semejante á un juguete de niño, encontraba sin cesar los larguísimos espadones de los cuatro bandidos, y del choque continuado de los aceros brotaban chispas.

Un hombre cayó, murmurando una blasfemia.

—¡Y va uno!—gritó Saint-Maixent, cuyo estoque siguió revolviéndose con incansable rapidez.

A los pocos minutos cayó al suelo un segundo bandido, lanzando sordas exclamaciones de dolor.

—¡Y van dos!—dijo el marqués;—¡ahora la partida es igual! ¡ya les llegará el turno á los otros dos!

Pero los otros no parecieron dispuestos á aguardar la próxima realización de aquella promesa; se dieron prisa á retroceder, poniendo pies en polvorosa con notable ligereza.

Saint-Maixent los persiguió hasta que hubieron desaparecido en la espesura del bosque, y volvió á reunirse con la señora de Chavigny.

—¡Ah!—murmuró el marqués con voz entrecortada y jadeante;—¡estáis sana y salva, gracias al cielo!

—Y gracias á vos, amigo mío—repuso Olimpia.—¿No estáis herido?—preguntó con viveza.

—¿Herido...? No, creo que no. No siento dolor alguno, por lo menos.

—Pero ¿y los pistolazos que os han disparado?

—Los muy torpes no han sabido apuntar; su conciencia ha hecho que les temblara el pulso.

—Sin embargo, ¡esa sangre...!—balbució la joven poniéndose muy pálida.

—En efecto, distinguíanse algunas gotas de sangre sobre los encajes de la camisa del marqués. En el calor de la refriega, la punta de uno de los espadones, manejado con poca habilidad, había rozado ligeramente el pecho del caballero y desgarrado un poco la piel.

—Esto no es nada—dijo el marqués después de un corto examen;—un arañazo que se curará con algunas gotas de bálsamo. No pensemos más en una cosa que tan poco lo merece, y decidme, si es que lo adivináis, cuál ha podido ser el objeto de la tentativa de esos miserables.

—Se vanagloriaban de ser enviados por mi marido, el marqués de Chavigny, para apoderarse de mí y llevarme á su casa de grado ó por fuerza.

—El hombre cuyo apellido lleváis se atreve á recurrir á tan odiosos medios!—exclamó Saint-Maixent.—¿Olvida, por ventura, que el fallo soberano de los tribunales ha ordenado el divorcio y os ha devuelto vuestra libertad? ¡Está loco...!

—El marqués me aborrece, y quiere satisfacer su odio.

—Sí, tenéis razón, eso debe ser. Afortunadamente, sus cálculos han salido fallidos: no creo que le queden ganas de hacer nuevas tentativas. Pero no permanezcamos ni un minuto más al lado de esos repugnantes cadáveres: volvamos al palacio; ahí está Ralph. Venid, querida Olimpia; marchemos pronto.

El caballo de nuestro héroe, el fogoso Ralph, dócil ya y obediente, esperaba paciendo la hierba muy sosegado.

Saint-Maixent le cogió del diestro y le llevó hasta el sitio en que se encontraba la joven, á quien levantó en brazos y colocó sobre la silla.

Olimpia palideció mortalmente.

—¿Qué tenéis?—preguntó Saint-Maixent con viveza.

—Me siento muy débil—repuso la joven con voz desfallecida.—Me ha impresionado tanto lo que acaba de suceder, que apenas puedo sostenerme... Me parece que voy á caer...

Y, en efecto, vacilaba.

Continuará.